

## **LA CELTIBERIA: ENTRE LA COMPLEJIDAD Y LA AFINIDAD CULTURAL**

Gonzalo Ruiz Zapatero  
Alberto J. Lorrio

En esta ponencia nos proponemos analizar dos cuestiones claves para comprender la realidad de la Celtiberia en el momento de contacto y primeras etapas de conquista por Roma. En una primera parte nos ocupamos, brevemente, del proceso de configuración de los pueblos celtíberos o lo que es lo mismo el proceso de etnogénesis, en la medida en que puede ser rastreado o vislumbrado desde la arqueología. Esto exige escudriñar los orígenes del proceso de formación étnica celtibérica que hunde sus raíces en las postrimerías de la Edad del Bronce, a comienzos del primer milenio a.C. en el reborde oriental de la Meseta. En una segunda parte, de una forma más amplia, intentamos descubrir la diversidad cultural que se oculta detrás de la aparente homogeneidad de la Celtiberia histórica en las diferentes regiones que la integran. Una diversidad que responde, por un lado, a los diferentes sustratos culturales de cada área, y por otro lado, a las evoluciones diferenciadas de las distintas regiones y comarcas de la Celtiberia a lo largo del primer milenio a.C.

### **LA ETNOGÉNESIS CELTIBÉRICA**

El área celtibérica se ha identificado tradicionalmente con las tierras altas de la Meseta Oriental y el Sistema Ibérico y la margen derecha del valle medio del Ebro. Su delimitación se ha realizado a través de la información de las fuentes clásicas (Capalvo, 1996; Gómez Fraile, 1996) y la dispersión de la epigrafía celtibérica (de Hoz, 1991: 40 y Untermann, 1995, 1997). Ese territorio es, por tanto, la Celtiberia de la época de conquista romana y primera integración en las estructuras políticas y administrativas romanas, sobre los siglos II y I a.C. en líneas generales. Pero esa Celtiberia histórica tiene una raíces más profundas que obligan a

preguntarse por los orígenes de los celtíberos descritos en los textos greco-latinos y plantea la compleja cuestión de la etnogénesis de los *populi* reconocidos por los ojos del romano (Ruiz Zapatero y Lorrio, 1999). El mundo celtibérico puede rastrearse desde el s. VI a.C. en las secuencias de varias necrópolis que llegan sin solución de continuidad hasta la conquista romana (Lorrio, 1997: 261 y ss.). La continuidad del registro funerario permite establecer una primera fase celtibérica, al menos en términos arqueológicos, desde momentos tan tempranos. Continuidad que también se puede detectar en las ocupaciones de algunos castros y en el modelo de estructura socioeconómica. De todos modos es obvio que el *continuum* en la cultura material desde esos momentos de la Primera Edad del Hierro no implica la existencia de los celtíberos tal y como los reflejan las fuentes clásicas. Pero si parece legítimo hablar de unos «celtíberos antiguos» o prehistóricos definidos en la región del Alto Duero y Alto Tajo-Alto Jalón cuya evolución conducirá a los *Celtiberi*, los celtíberos históricos.

La gestación del mundo celtibérico antiguo en el s. VI a.C. resulta todavía difícil de establecer por varias razones, pero básicamente el principal escollo lo constituye la falta de un registro arqueológico que ilumine las etapas inmediatamente anteriores. Los siglos VIII y VII a.C. son, en la actualidad, una «etapa «oscura» por cuanto carecemos de yacimientos excavados con buenos registros en las tierras del Alto Duero-Alto Tajo-Alto Jalón. A la pobreza de la documentación arqueológica hay que añadir los completos vacíos de información en algunas comarcas. Sólo alguna área, como la de Molina de Aragón en el Alto Tajo (Arenas, 1999, Cerdeño y Juez, 2002; Cerdeño, Marcos y Sagardoy, 2002; Cerdeño *et alii*, 2004), permite atisbar una secuencia cultural que aporta las bases para poder construir una hipótesis explicativa del proceso cultural.

La hipótesis que parece más plausible es la que podemos esbozar sobre los datos del área de Molina de Aragón. Pero, para empezar, el primer problema de fondo es que la última fase del grupo Cogotas I (Abarquero, 2005) en la Meseta, durante los compases finales de la Edad del Bronce, resulta mal conocida y no tenemos una explicación clara de la desaparición de este famoso grupo meseteño y de la realidad cultural emergente tras su disolución (Barroso Bermejo, 2002; Jimeno y Martínez Naranjo, 1999). Por más que dispongamos de algunos indicios que sugieren perduraciones y sea, en cualquier caso, imposible pensar en una desaparición de las poblaciones indígenas de finales del Bronce (Ruiz Zapatero y Lorrio, 1988: 258 y ss.). La escasa visibilidad arqueológica que nos ofrecen esas centurias oscuras hace, en cierto modo, más fácil detectar la llegada a las tierras de la Meseta Oriental de elementos

de Campos de Urnas procedentes del valle medio del Ebro (Valiente, 1999). El mejor ejemplo lo tenemos en el pobladito de Fuente Estaca (Martínez Sastre y Arenas Esteban, 1988; Martínez Sastre, 1992; Arenas y Ruiz Zapatero, en prensa). Se trata de una aglomeración de cabañas en llano con cerámicas, entre otras, con decoración acanalada y perfiles típicos de los Campos de Urnas Recientes del Medio Ebro y Bajo Aragón y una datación radiocarbónica de  $800 \pm 90$  a.C. sin calibrar (Fig. 1). La comunidad de Fuente Estaca parece un grupo de *colonos* del valle medio del Ebro que estaban adentrándose en las tierras altas y frías del reborde oriental de la Meseta, posiblemente en movimientos exploratorios que no debieron fructificar ya que los grupos de tradición de Campos de Urnas del NE tenían una adaptación a una economía cerealista extensiva de tierras bajas y con clima mediterráneo. Los paisajes meseteños de aquella época constituyeron una barrera a la expansión de las gentes del valle del Ebro.

También resulta interesante el cementerio de Herrería en la misma comarca molinesa. Aunque por ahora sólo se han publicado algunos avances de las excavaciones (Cerdeño, Marcos y Sagardoy, 2002, Cerdeño *et alii*, 2004) parece que pueden establecerse diferentes fases y la más antigua ofrece enterramientos de incineración en pequeños hoyos, en algunos casos con estelas de piedra, sin apenas ajuares y con dataciones radiocarbónicas muy altas —dentro del s. XI e incluso una del s. XIII a.C. (además sin calibrar)— que hacen difícil vincularlas al fenómeno de Campos de Urnas del NE y por no hablar de la ausencia de ajuares que remitan a este círculo cultural. En caso de confirmarse su relación con Campos de Urnas tendríamos una fecha muy temprana para la llegada de los primeros Campos de Urnas a la Meseta. La segunda fase de Herrería cuenta con encachados y túmulos circulares de enterramiento central aunque con pocos elementos de ajuar funerario y se puede fechar sobre el s. IX a.C. por las dataciones de C-14. Las estructuras funerarias señaladas tienen claros paralelos en los cementerios de los grupos de Campos de Urnas del Cinca-Segre y del Bajo Aragón, aunque el único vaso publicado (Cerdeño, Marcos y Sagardoy, 2002: fig. 4) revela una forma y decoración que denota mistificaciones con las tradiciones cerámicas autóctonas del Bronce Final. Lo que en cualquier caso encajaría bien con un momento inicial de introducción de los nuevos elementos del ritual incinerador, como demuestra la zaragozana necrópolis de Los Castelletts de Mequinzenza (Royo, 1990 y Ruiz Zapatero, 2001: 269-270).

Por tanto, en las repetidas «centurias oscuras» (800-600 a.C.) del oriente meseteño lo más destacable, por ahora, es la aparición de elementos de la tradición de Campos de Urnas del valle del Ebro. Sin

menospreciar el papel del sustrato local, las poblaciones herederas de la tradición de Cogotas I, cuya contribución exigirá ampliar notablemente la documentación arqueológica de esta etapa, parece claro que los primeros momentos del mundo celtibérico fueron deudores de los grupos de Campos de Urnas del medio y bajo Ebro. Aunque cada vez más resulta evidente que hemos hecho un uso abusivo del concepto de Campos de Urnas, especialmente en el área meseteña donde sólo pueden rastrearse algunos influjos y elementos que de ningún modo configuran un grupo arqueológico (Almagro-Gorbea, 1986-87), sí es cierto que un conjunto de elementos pertenecientes al mundo de los Campos de Urnas del NE peninsular se introdujeron y adoptaron en el sector oriental de la Meseta. Estos elementos son los siguientes: 1) el ritual de la cremación en urna, tanto en la modalidad de enterramiento en hoyo como en la de estructura tumular; 2) ciertas formas cerámicas que veremos en el horizonte Celtibérico Antiguo y que básicamente integran los ajuares funerarios de los cementerios del valle del Ebro; 3) algunos tipos metálicos de adorno, como las fíbulas de doble resorte y algunos otros elementos de adorno y armas como los cuchillos afalcatados; 4) los morillos de cerámica, bien conocidos en los Campos de Urnas Recientes y la Primera Edad del Hierro en el valle del Ebro (Maluquer, 1963 y Ruiz Zapatero, 1981) que se proyectaron sobre buena parte del oriente de la Meseta Norte y de la Sur con un inequívoco significado votivo (Almagro Gorbea y Moneo, 2000: 132 y fig. 67) en los hogares de ciertas casas. Todos estos elementos demuestran que el ritual de enterramiento y buena parte de los equipos funerarios de las poblaciones meseteñas orientales en la Primera Edad del Hierro proceden de los Campos de Urnas del Ebro y que otro elemento de ese mundo simbólico, los morillos, tiene también el mismo origen. En otras palabras, el Hierro de tradición de Campos de Urnas del Ebro Medio tuvo una gran influencia en la configuración del mundo celtibérico en el reborde oriental meseteño, aunque desconozcamos los procesos históricos concretos que operaron en el seno de aquellas tempranas comunidades protoceltibéricas (Fig. 2).

La constatación de la importante influencia de los grupos del valle del Ebro en el Alto Duero-Alto Tajo a finales de la Edad del Bronce y comienzos del Hierro permite realizar algunas conjeturas sobre el posible origen de la lengua celtibérica y su conexión con el grupo arqueológico del Celtibérico Antiguo (Ruiz Zapatero, en prensa). Para ello debemos analizar brevemente el contexto de los Campos de Urnas del NE de la Península Ibérica. Nada podemos saber sobre la/s lengua/s que hablaron los grupos de Campos de Urnas que llegaron al NE peninsular a comienzos del Bronce Final. Sólo cabe plantear que es muy razonable asumir que fueran dialectos indoeuropeos, incluso se podría argu-

mentar que entre esos dialectos pudiera haber alguno que fuera celta, teniendo en cuenta que el celta común —independientemente de lo que pueda ser este sustrato— debió tener una cronología antigua acaso cómo la de los Campos de Urnas, si tenemos en cuenta el horizonte del lepóntico (s. VII a.C.) como lengua celta conocida más antigua. Esta posibilidad nos resulta interesante por cuanto significa que si algún dialecto indoeuropeo y/o celta se asoció a alguno de los grupos de Campos de Urnas del NE peninsular podemos articular un posible origen para la lengua celtibérica. Podríamos así argumentar que si algún grupo de Campos de Urnas de Cataluña occidental y del Ebro Medio hablo un dialecto céltico, sobre finales del s. IX y el s. VIII a.C., es decir cuando aparecen en la última de las regiones citadas, y desde esta región se ejercieron los influjos referidos que contribuyeron a la emergencia del Celtibérico Antiguo en la Meseta Oriental, sobre finales del s. VII y comienzos del s. VI a.C., entonces habría sido posible que esa lengua indoeuropea céltica fuera el sustrato del que nació el protoceltibérico —entendido como cualquier estadio lingüístico anterior al celtibérico conocido por la epigrafía (de Hoz, 1993: 392, nota 125)— en el Oriente meseteño. Y esto habría sucedido porque los grupos del Ebro Medio fueron imponiendo un modelo socioeconómico (Ruiz Zapatero, 1995) que debió ser aceptado en las tierras meseteñas. Si de esta forma suponemos que una lengua protoceltibérica se estaba configurando por aquellos siglos en el Este de la Meseta, la continuidad del registro arqueológico celtibérico —sin cortes ni rupturas desde el s. VI a.C. hasta la conquista romana— podría explicar perfectamente una continuidad lingüística a lo largo de ese periodo hasta cristalizar en el celtibérico escrito de los s. II-I a.C. Esta hipótesis encajaría bien con el carácter arcaico del celtibérico que implicaría una cronología alta, tan alta o más que el lepóntico que en algunos aspectos resulta más innovador que el celtibérico (Gorrochategui, 2001: 206). Si esta interpretación es rechazada hay que convenir en que resulta muy difícil encontrar en la secuencia arqueológica del mundo celtibérico una explicación para la «llegada» de la lengua, si como parece razonable ésta tiene que asociarse a la llegada de algunos contingentes de población por pequeños que sean.

## **LOS GRUPOS CULTURALES**

En el territorio celtibérico pueden individualizarse una serie de ámbitos geográfico-culturales, en gran medida de desarrollo independiente pero con evidentes muestras de contacto entre ellos, a veces correlacionables —por lo menos parcialmente— con los territorios que según las fuentes literarias pueden atribuirse a las diferentes etnias asentadas en la zona (Lorrio, 2000: 131 ss.).

## Los grupos arqueológicos del Alto Tajo/Alto Jalón y Alto Duero

El área donde surge la cultura celtibérica se encuentra documentada en las tierras altas de la Meseta Oriental y del Sistema Ibérico, en las comarcas del Alto Tajo-Alto Jalón-Alto Duero. Los elementos que permiten detectar este nuevo grupo arqueológico son: 1) la aparición de los primeros castros (pequeños asentamientos en alto con defensas naturales y estructuras defensivas artificiales), 2) la constitución de los primeros cementerios de incineración y 3) todo un conjunto de cerámicas y objetos metálicos nuevos —bastantes en el nuevo metal de hierro—, sin antecedentes en las tradiciones alfareras y metalúrgicas locales. La demostración de la continuidad en el uso de las necrópolis, cuya seriación ha sido posible gracias, sobre todo, al análisis del armamento depositado en las sepulturas (Lorrio, 1994; *Id.* 1997: 147 ss., tablas 1 y 2), justifica plenamente la utilización del término «celtibérico» referido a un sistema cultural bien definido, tanto geográfica como cronológicamente, que abarcaría desde el siglo VI a.C. hasta la conquista romana y el período inmediatamente posterior (Almagro-Gorbea, 1993: 147 s.; Lorrio, 1997: 257 ss.; Ruiz Zapatero y Lorrio, 1999). Esta continuidad queda confirmada por los propios hábitats, que ofrecen una evolución paralela a la registrada en las necrópolis, al igual que ocurre con la cultura material y la estructura socioeconómica (Fig. 3).

En torno al **Alto Tajo-Alto Jalón**, abarcando la zona septentrional de la provincia de Guadalajara, el sur de la de Soria y los rebordes occidentales de las de Zaragoza y Teruel, se configura una de las zonas más activas, junto al Alto Duero, en el proceso formativo del mundo celtibérico, bien conocida a través de la información proporcionada por las necrópolis de incineración excavadas a inicios del siglo XX por el Marqués de Cerralbo. Necrópolis como Alpanseque, Valdenovillos o Aguilar de Anguita, presentan una peculiar ordenación del espacio funerario con la disposición alineada de las tumbas formando calles paralelas, generalmente con estelas, lo que constituye un signo de identidad al ser exclusiva de la Meseta Oriental a lo largo de toda la Edad del Hierro. La destacada concentración de objetos de prestigio en las necrópolis de la zona prueba la existencia de una aristocracia guerrera cuyo momento de mayor esplendor se remonta al siglo V a.C. con magníficos ejemplos en Aguilar de Anguita y Alpanseque, entre otros. Los variados elementos de adorno, algunos exclusivos de este territorio, como determinados modelos de fíbulas o los pectorales de placa o espirales, contribuyen a dar personalidad a este sector de la Celtiberia. Como causas de tal desarrollo hay que valorar su situación geográfica privilegiada, como paso natural entre el Valle del Ebro y la Meseta a través del eje Jalón-Henares, posteriormente seguido en el trazado de la vía de

*Caesaraugusta* a *Complutum*, o a través de los ríos Mesa y Piedra, afluentes de Jalón, con el Alto Tajo. El importante desarrollo que evidencian las necrópolis del Alto Henares-Alto Tajuña podría relacionarse quizás con el control de ciertas fuentes de riqueza, como las zonas de pastos, las salinas, tan abundantes en la zona, o la producción de hierro. En este proceso, la comarca de Molina de Aragón, a pesar de su proximidad a los centros de extracción de este mineral, parece ocupar un papel secundario, o así parece desprenderse de la información proporcionada por las necrópolis documentadas en esta zona (Arenas, 1999: 183 ss.), donde faltan las ricas importaciones de lujo e incluso los objetos de hierro no resultan especialmente habituales (Lorrio, 1997: 275).

No obstante, desde finales del siglo V a.C., en un proceso que se extenderá durante las dos centurias siguientes, este panorama va a verse modificado sustancialmente con el desplazamiento progresivo del centro de gravedad de la Cultura Celtibérica desde las tierras del Alto Tajo-Alto Jalón —donde desde finales del siglo IV, hasta un momento que cabe situar en el II-I a.C., se asistirá a un fenómeno de empobrecimiento de los ajueres funerarios, que conllevará la práctica desaparición de las armas (Lorrio, 1997: 278 ss. y 315 s.)— hacia el **Alto Duero**, lo que con bastante probabilidad tenga que relacionarse con la eclosión de los Arévacos, uno de los *populi* celtibéricos más destacados. Este proceso queda registrado en los cementerios localizados en las tierras de la cuenca sedimentaria, haciéndose patentes desde los siglos IV-III a.C. los elementos esenciales que permitirán la individualización del territorio arévaco, estructurado en torno al Alto Duero, con importantes diferencias respecto a lo observado entre los cementerios del Alto Tajo-Alto Jalón. Así, a las diferencias de carácter puramente tipológico —que se evidencian por la dispersión geográfica de determinados tipos de puñales, como los modelos de frontón y los biglobulares—, o a las relativas a la composición de la panoplia, se añade ahora una mayor representatividad de los enterramientos provistos de armas, lo que permite plantear el carácter «militar» de la sociedad arévaca (Lorrio, 1997: 173 ss.).

En lo que afecta al poblamiento, los trabajos de prospección en la franja central de la provincia de Soria, en torno al Duero, revelan que durante los siglos IV-III a.C., dentro de un proceso que puede ponerse en relación con la información funeraria comentada, se produce un aumento en el número de poblados, en lugares elevados, de emplazamiento estratégico y carácter defensivo, algunos de ellos ocupados durante el Primer Hierro y raramente con ocupación de época romana (Romero y Jimeno, 1993: 212; Jimeno y Arlegui, 1995: 105 ss.). El aumento del número de asentamientos se ha relacionado con un mayor aprovechamiento agrícola del terreno, proceso que se potenciará duran-

te la fase final de la Cultura Celtibérica (siglos II-I a.C.), en la que se produce la aparición de las ciudades en la zona (Jimeno y Arlegui, 1995: 109 ss.; Jimeno, 2000).

No obstante, desde el punto de vista del poblamiento y el ritual funerario, las tierras del Alto Duero no presentan un panorama uniforme, como confirma la existencia de dos áreas geográfico-culturales de marcada personalidad a lo largo de toda la Edad del Hierro (Fig. 4): por un lado, la correspondiente a la Depresión Central del Duero, ya mencionada, que se circunscribe a las tierras del centro y sur de la provincia de Soria, con evidentes muestras de contacto con el occidente segoviano y con las tierras del Alto Henares y del Alto Jalón, y, por otro, el reborde montañoso, al norte, o Ramal Septentrional del Sistema Ibérico, zona donde se individualiza desde el Primer Hierro la denominada «cultura castreña soriana» (Romero, 1991), uno de los grupos castreños peninsulares de mayor personalidad, perfectamente caracterizado desde el punto de vista geográfico-cultural y cronológico, cuyas fechas se sitúan entre los siglos VI-V a.C., abandonándose en su mayoría hacia mediados del siglo IV a.C., por más que algunos de estos asentamiento, como el de El Rojo, alcancen períodos más recientes. El carácter diferenciado del grupo castreño soriano respecto al panorama registrado en las tierras más bajas de la cuenca del Duero, resulta evidente en lo que a los patrones de asentamiento y a las espectaculares obras defensivas se refiere, estando apoyado, además, por la ausencia de cualquier evidencia funeraria segura, pues han de ser valoradas con precaución las que se han interpretado como dos supuestas tumbas de incineración en urna, depositadas bajo otros tantos encachados, aparecidas en el interior, en una situación marginal, del castro de El Castillo de El Rojo (Eiroa, 1984-85: 201, fig. 1).

Por lo que se refiere a la adscripción étnica de estos territorios, principalmente a partir de la localización, no siempre segura, de las ciudades mencionadas por las fuentes grecolatinas, fundamentalmente, por Plinio y Ptolomeo, si las tierras de la Depresión Central del Duero han sido consideradas tradicionalmente, como hemos visto, como el solar de los Arévacos, el territorio más septentrional ocupado por la cultura castreña soriana se ha vinculado con los Pelendones (Bachiller y Ramírez, 1993), aunque no debemos olvidar en este caso la clara diferenciación cronológica entre ambos tipos de evidencias, lo que no siempre ha sido tenido en consideración. Por su parte, las tierras del Alto Tajo-Alto Jalón parecen vincularse, al menos parcialmente, a los Arévacos, que se extenderían hasta la zona del Alto Henares, si se acepta la identificación de la *Secontia* pliniana con la *Segontia* del *Itinerario de Antonino* (vid., en contra, Gómez-Pantoja, 1992: 121), cuya ubicación en las proximida-



des de Sigüenza (Guadalajara) parece segura (Abascal, 1986; Alföldy, 1987: 65 s.), e, incluso, del Alto Jalón (Gómez Fraile, 1998: 48 s.; Lorrio, 2000: 138), mientras que para el resto de este territorio existen diferentes propuestas, que incluyen tanto a Lusones como a Titos (*vid.* Lorrio, 2000: 135 s., con la discusión sobre el tema).

Además de las fuentes literarias y las evidencias arqueológicas existen otros argumentos que contribuyen a definir los ámbitos de las etnias prerromanas. Así, las inscripciones celtibéricas que utilizan la variante de escritura occidental (de Hoz, 1986: 51 ss., fig. 2; Untermann, 1997: 383 ss., mapa 6) presentan una distribución circunscrita al Alto Duero y al Alto Jalón-Alto Tajuña, aun cuando este argumento no deba interpretarse, en principio, desde parámetros étnicos. Junto a ellas, los téonimos indígenas y las organizaciones de tipo suprafamiliar expresadas por genitivos de plural, que ofrecen una importante concentración en el territorio arévaco del Alto Duero, lo que contrasta, en líneas generales, con la escasez de manifestaciones en las zonas colindantes, con la excepción del ámbito atribuido comúnmente a los Pelendones y la región de Lara de los Infantes o el curso alto del Tajo, territorios éstos sobre los que existen diferentes argumentos que sugieren su vinculación con el ámbito arévaco.

Por lo que se refiere a la zona del Alto Tajo-Alto Jalón, a la información de las fuentes literarias para la zona, parcas en lo que se refiere a la localización de ciudades y su posible adscripción étnica, cabe unir otras noticias de índole epigráfico que resultan más elocuentes. Por un lado, el hecho de que los textos celtibéricos de la zona —los de Luzaga y Monreal de Ariza (Untermann, 1997: 653 ss.)— presenten la variedad epigráfica occidental, permite establecer su vinculación con el Alto Duero. Por otro, la distribución de teónimos, pero sobre todo de las menciones a organizaciones suprafamiliares en genitivo de plural, cuya concentración en el territorio situado entre la margen derecha del Tajo y la izquierda del Henares que contrasta con la práctica ausencia de información en las zonas periféricas, coincide en gran medida —sobre todo por lo que se refiere a los genitivos de plural— con el área de dispersión de las necrópolis del grupo del Alto Tajo.

### **La Celtiberia meridional**

Como tal se define un extenso territorio que abarca desde las serranías de Albarracín y Cuenca, es decir el sureste de la provincia de Teruel y el norte de la de Cuenca, englobando las cuencas altas del Turia, el Júcar y el Cabriel así como la cuenca del Guadiela, hasta las tierras de transición al ámbito manchego del occidente de la provincia de Cuenca,

por el suroeste, donde se localizan las cabeceras de una serie de ríos subsidiarios del Guadiana -el Riánsares, el Cigüela y el Záncara-, y, por el sureste, hasta las tierras limítrofes entre las provincias de Cuenca y Valencia, al sur de la Sierra de Mira (Lorrio, 1999a-b).

La información que disponemos es dispar y aunque las fuentes literarias, en concreto Ptolomeo, nos ofrece una serie de ciudades presumiblemente localizables en esta zona, el hecho de desconocer la ubicación de muchas de ellas dificulta notablemente la posibilidad de utilizar tales datos para delimitar el territorio ocupado por esos Celtíberos meridionales (*vid.* Lorrio, 2000: 106).

Tal territorio ofrece un complejo panorama desde el punto de vista arqueológico, evidenciando durante la Edad del Hierro la existencia de diferentes áreas culturales que solamente en la fase más avanzada de la Cultura Celtibérica aparecen formando parte de la Celtiberia. Tal panorama, no obstante, resulta coherente con el obtenido después de contrastar los diferentes tipos de evidencias disponibles, según el cual, previamente a su integración en la Celtiberia, estos territorios debieron estar habitados, al menos, por Carpetanos, Olcades, quizás Lobetanos, así como por Celtíberos propiamente dichos.

Por lo que se refiere al hallazgo de inscripciones en lengua celtibérica en el territorio meridional de la Celtiberia, cabe mencionar, la estela de El Pedregal (Guadalajara) (Untermann, 1997: 642 ss.), y el conjunto de inscripciones rupestres de carácter religioso de Peñalba de Villastar (Teruel), que incluye una veintena de epígrafes en lengua celtibérica (Untermann 1997: 618 ss.), constituyendo el núcleo más suroriental de inscripciones en dicha lengua, así como algunas secuencias de letras ibéricas que cabría interpretar desde la lengua ibérica (Untermann 1997: 620 ss.). El lugar más próximo donde se encontró una inscripción en lengua prerromana es el poblado del Alto Chacón, yacimiento localizado a pocos kilómetros aguas arriba de Peñalba, en el que con algunos grafitos poco significativos se halló un punzón de hueso con inscripción ibérica (Untermann, 1990: 338 ss.), que incorpora algunas de las palabras identificadas en Peñalba, lo que ha hecho suponer a Untermann (1996: 183 y 189) que la población de la zona hablaría una lengua ibérica, cuya presencia quedaría constatada, además, a través de las citadas inscripciones del santuario de Peñalba, minoritarias respecto a las inscripciones en lengua celtibérica, lo que vendría a complicar el panorama étnico de la zona. La permeabilidad cultural de la zona meridional de la provincia de Teruel quedaría de manifiesto con hallazgos como el de Noguerauelas, al oriente de la zona comentada, de donde procede una estela antropomorfa con inscripción ibérica así como un lote de armas, entre las que se

incluyen dos espadas de La Tène y un puñal biglobular (Izquierdo, 1999: 97-120), arma ésta característica del ámbito celtibérico (Lorrio, 1997: fig. 8B).

Además de estos hallazgos, cabe citar la tésera de hospitalidad en forma de toro que se conserva en la Real Academia de la Historia, procedente de Fosos de Bayona (Villas Viejas, Huete, Cuenca) (Untermann 1997: K.0.5; Almagro-Gorbea, 2003: 209 ss.), ciudad identificada con *Contrebia Carbica* (*vid. infra*), además de una serie de piezas cuya procedencia, dudosa en todos los casos, se ha llevado a la provincia de Cuenca (Almagro-Gorbea, 2003: 211 y 218); a ellas cabe añadir el hallazgo, en La Manchuela conquense, del primer plomo en lengua celtibérica hasta ahora documentado (*vid. infra*), confirmando la importante presencia celtibérica en esta zona de la Meseta Sur.

Dentro de este territorio, **las serranías de Albarracín y Cuenca** presentan desde los estadios iniciales de la Cultura Celtibérica puntos evidentes de contacto con el área nuclear del territorio celtibérico. Así, se relacionan con el grupo del Alto Tajo algunas de las evidencias funerarias localizadas en las serranías de Cuenca y Albarracín durante el Celtibérico Antiguo y Pleno, como las necrópolis de Griegos (Teruel) o Cañizares (Cuenca), de la que se conocen sólo algunos materiales descontextualizados, pero donde se documentó, al parecer, la característica alineación de estelas que resulta exclusiva de la Meseta Oriental.

Un buen ejemplo de la complejidad que en ocasiones presenta la adscripción étnica de un determinado territorio lo tenemos en las tierras correspondiente a **los cursos altos del Riánsares, el Cigüela y el Zán-cara**, subsidiarios del Guadiana, una zona que ofrece una estratégica situación al ocupar el centro de la parte oriental de la Meseta Sur y cuya inclusión en la Celtiberia parece corresponder a un momento tardío, posiblemente ya de pleno siglo I a.C.

En esta zona del occidente de la provincia de Cuenca se localizan un grupo de necrópolis (Almagro-Gorbea, 1976-78: 139 ss.), cuyas particularidades permiten configurar un grupo de personalidad homogénea, en el que se evidencia un fuerte influjo de la región del Sureste, patente en sus cerámicas, en las fíbulas y en otros objetos, pero también en la presencia de estructuras tumulares, aunque en esta zona falte por lo común el armamento, habitual en los cementerios albaceteños, que cuando se documenta, como en Alconchel de la Estrella, es de tipología celtibérica. Las Madrigueras, en Carrascosa del Campo y El Navazo, en La Hinojosa o Haza del Arca, en Uclés serían algunas de los cementerios que inician su andadura hacia el siglo VI a.C., alcanzando algunos de ellos hasta

mediados del siglo III a.C., aunque se conozca algún caso, como el ya citado de Alconchel de la Estrella, que alcanzaría el siglo I a.C (Fig. 4).

Las similitudes de estas necrópolis con los yacimientos conocidos hacia el occidente permitiría, como ya señalara Almagro-Gorbea (1969: 152), plantear su vinculación con los Carpetanos, cuyo territorio podría haberse extendido hasta esta zona. A favor de este planteamiento estaría la posible adscripción del *oppidum* de *Contrebia Carbica*, localizado en el importante yacimiento de Fosos de Bayona (Cuenca) a partir de los hallazgos monetales (Abascal y Ripollès, 2000: 13-75, con la bibliografía anterior), ciudad cuyo final se ha vinculado con los episodios sertorianos, y cuya localización en Carpetania, aunque problemática para algunos autores (González-Conde, 1992: 306), resulta verosímil. Para otros, no obstante, esta zona sería el solar de los Olcades (Almagro Basch, 1986: 14 s.), aunque las propuestas en relación al teórico territorio ocupado por este pueblo prerromano, considerado en general como celta, han sido variadas (Tovar, 1989: 94 s.; Gozalbes Cravioto 2000: 92 ss.). En cualquier caso, la integración de estas tierras en el ámbito celtibérico no ofrece duda alguna por lo que respecta a la fase final de la Cultura Celtibérica; baste recordar que, de acuerdo con Plinio (*N.h.* 3, 25), *Segobriga* -localizada en Cabeza de Griego (Saelices, Cuenca), junto al Cigüela- sería *caput Celtiberiae*, lo que se ha interpretado habitualmente como una clara referencia a su carácter limítrofe (Fig. 4).

Una zona de gran interés a la hora de dilucidar los confusos límites entre Iberos y Celtíberos en las tierras nororientales de la Meseta Sur lo encontramos en el territorio del **tramo conquense del Medio Júcar**, circunscrito al interfluvio que forma este río con su afluente el Cabriel, y en las tierras de la **Baja Serranía Conquense, en torno a la Sierra de Mira, y las comarcas valencianas de Utiel-Requena y Los Serranos**, entre los cursos medios del Turia y el Cabriel. Este territorio resulta difícil de definir desde un punto de vista étnico, ya que constituye una franja de transición entre la zona meridional de la Celtiberia (Lorrio, 1999a: 262, fig. 1,10; *Id.*, 1999b: 115 s., fig. 2,9-10; *Id.*, 2000: 148 ss., fig. 15A-B) y los territorios de la Bastetania, al sur, y la Edetania, al este, sin que existan datos concluyentes que permitan identificar en esta zona a algunas de las etnias citadas por las fuentes literarias, como los Olcades o los Lobetanos (Lorrio, e.p.).

Por un lado, la comarca de La Manchuela engloba el extenso territorio del interfluvio que forman el río Júcar en su tramo medio y su afluente el Cabriel, extendiéndose por el Sureste de la provincia de Cuenca y la zona más septentrional de la de Albacete. Se trata de una zona de gran interés para abordar con datos objetivos el tema de la

delimitación de las poblaciones celtas e iberas, Los materiales recuperados en la zona avalan la existencia de importantes contactos, aprovechando la posición privilegiada de la comarca, en un importante cruce de caminos, con el Sureste, a través de Chinchilla y el Campo de Hellín, y el Levante, seguramente a través de los llanos de Utiel y Requena (Almagro-Gorbea, 1976-78: 138), demostrando la profunda iberización de este territorio, cuya vinculación con dicho ámbito quedaría confirmada con la posible ubicación de la ceca ibérica de *ikale(n)skēn* en la localidad de Iniesta (Ripollès, 1999).

No obstante, la presencia de influjos célticos en la La Manchuela se constata a partir del hallazgo de un plomo en lengua celtibérica (*vid.* Lorrio y Velaza, en este mismo congreso), actualmente depositado en el Museo de Cuenca, perteneciente al decomiso de una colección privada, cuya procedencia hay que buscarla en la zona de La Manchuela conquense. El plomo, que presenta inscripciones en ambas caras, puede considerarse como una pieza excepcional, destacando la extensión del texto, que lo sitúan entre los más importantes del mundo celtibérico, y su procedencia, siendo el más suroriental de los documentos epigráficos celtibéricos documentados hasta la fecha en la Península Ibérica.

Por otra parte, cabe señalar la existencia de una franja de contacto entre las culturas ibéricas y celtibéricas que engloba las tierras del sureste de Cuenca, en torno a la Sierra de Mira, así como en las comarcas valencianas de Utiel-Requena y Los Serranos, zonas todas ellas localizadas al oriente del río Cabriel, en lo que constituye un área de transición entre la Meseta, las Serranías Ibéricas y el Levante (Lorrio, 1999a: 262, fig. 1,10; *Id.* 1999b: 115 s., fig. 2,9-10; *Id.* 2000: 150, fig. 15A-B; *Id.* 2001: 167 s.). La presencia de diferentes elementos característicos del ámbito celtibérico, como puñales biglobulares (igualmente se documentan algunas espadas de La Tène y una espada de antenas), o fíbulas de caballito con o sin jinete, cuya estrecha relación con elites ecuestres celtibéricas es un hecho suficientemente conocido (Almagro-Gorbea, 1994-95: 14; Almagro-Gorbea y Torres, 1999: 69 ss.), y otros ejemplares zoomorfos, que cabe interpretar como objetos de prestigio de evidente valor étnico, ponen de manifiesto la estrecha vinculación de esta zona con el referido ámbito, relaciones que hacia el este alcanzarían al menos la margen derecha del tramo medio del Turia (Lorrio, e.p.), lo que no debe sorprender ya que según señala Plinio (*N.h.* 3, 20) en la Edetania existía «una placentera laguna que se extiende ante ella», identificada con la Albufera de Valencia, «alejándose hacia los Celtíberos», lo que implicaría la relativa proximidad de éstos a la costa, al menos en la zona señalada. Frente a este panorama, las tierras centrales de la comarca, con el *oppidum* de Los Villares, en Caudete de las Fuentes, como empla-

zamiento más importante, han proporcionado un conjunto de elementos epigráficos en lengua ibérica, entre los que destacan la conocida «estela de Sinarcas» y las inscripciones sobre plomo, pero también sobre otro tipo de soporte, como cerámica o piedra, aparecidas en el propio *oppidum* (Untermann, 1990: F.14.1, F.17.1-7; de Hoz, 2001: 59 ss.) donde se ha localizado la ceca de *Kelin*.

### **La margen derecha del valle medio del Ebro**

El estudio de esta zona presenta ciertas peculiaridades que dificultan su análisis conjunto con el resto de los territorios celtibéricos (Lorrio, 2000: 156 ss.). Esto es especialmente evidente en los estadios iniciales de la Cultura Celtibérica, en los que, frente a la aparente homogeneidad que muestran los cementerios del Alto Tajo-Alto Jalón-Alto Duero, el territorio de la margen derecha del Ebro Medio aparece vinculado al mundo del Hierro de tradición de Campos de Urnas del Ebro (Fig. 4) (Royo, 1990: 131; Ruiz Zapatero, 1995: 40), como lo demuestran una serie de necrópolis localizadas en los cursos inferiores de los ríos Huecha, Jalón y Huerva, en las cuales, o en sus inmediaciones, no se ha podido determinar con claridad la presencia de una fase Celtibérica Plena (Royo, 1990: 130 s., fig. 2). Entre finales del siglo IV y mediados del III a.C. se asiste a una nueva situación que «refleja un fenómeno de celtiberización tardía y expansiva desde el reborde oriental de la Meseta» (Ruiz Zapatero, 1995: 40), aunque no se conozca suficientemente bien la relación entre las comunidades finales del mundo del Hierro de tradición de Campos de Urnas del Ebro Medio y el fenómeno celtibérico (Ruiz Zapatero, 1995: 40). De esta forma, las significativas diferencias que en la cultura material presenta esta zona, donde verosímelmente ha de situarse a Lusones, Belos y Titos (*vid. infra*), en relación a los territorios vecinos de la Meseta, serían «reflejo indudable de sus diferentes substratos culturales» (Ruiz Zapatero, 1995: 40).

Según esto, y de acuerdo con Royo (1990: 131), «los pueblos celtibéricos, en su expansión, atravesarían su primitiva área nuclear, limitada por el Sistema Ibérico, llegando hasta el río Ebro. Esta expansión debió ser tardía, pues la fuerza cultural de los grupos de Campos de Urnas Tardíos asentados en la margen derecha del Ebro y su fuerte conservadurismo así parecen indicarlo, pudiendo situarse como hipótesis de trabajo dicha expansión a partir del 350 a.C., o incluso más tarde,...».

Con la información disponible resulta difícil de determinar si hubo penetraciones étnicas o se trató de un estricto fenómeno de aculturación o, incluso, de ambas cosas (Ruiz Zapatero, 1995: 40). No obstante, un indicio de cómo pudo producirse este proceso podría deducirse a partir

del hallazgo de ciertos elementos de prestigio y de claro valor ideológico en la sociedad céltica peninsular de los siglos III-I a.C. como las fíbulas de jinete, que para Almagro-Gorbea (1994-95: 13 s.; Almagro-Gorbea y Torres, 1999: 66 ss.) permitiría suponer la existencia de elites ecuestres celtibéricas establecidas en el lugar, siendo en muchos casos un claro indicio de celtiberización, como confirmarían los ejemplares aparecidos en Extremadura, cuya dispersión coincide, aproximadamente con la de otros elementos propios de la cultura celtibérica, como los puñales biglobulares, algunas espadas latenenses o ciertos antropónimos, relaciones que quedarían demostradas por la presencia de algunas téseras de hospitalidad, la instalación en la zona de una ceca celtibérica como *Tamusia*, o la circulación monetaria con una proporción elevada de monedas de cecas celtibéricas (Almagro-Gorbea, 1994-95: 18 s.). El caso de Los Castellares de Herrera de los Navarros, Zaragoza (Burillo y de Sus, 1986: 209-236; *Id.* 1988: 62-67), en el Alto Huerva, puede resultar significativo. Se trata de un pequeño asentamiento fechado en el tránsito de los siglos III-II a.C., e integrado por unas pocas viviendas, en una de las cuales (la núm. 2) apareció, junto a un nutrido conjunto de elementos (entre ellos un puñal biglobular), una fíbula de jinete, que para Almagro-Gorbea (1994-95: 13) — que interpreta la vivienda donde apareció la fíbula como una «casa de elite» — correspondería «al jefe del grupo gentilicio ecuestre, seguramente asentado en dicho lugar con sus clientes». Para este autor, dada la posible procedencia soriana del ejemplar, podría plantearse «que dicho asentamiento fuera un *castellum* o *vicus* fortificado dentro de un proceso de «colonización» gentilicia, comparable a los *pagi* del mundo céltico centroeuropeo», considerando que este sistema «debió ser característico de la expansión celtibérica por diversas zonas, no sólo por el valle del Ebro, sino también por Extremadura».

Dentro de tan extenso territorio, si el Alto Jalón aparece vinculado, desde diferentes puntos de vista, con el grupo del Alto Tajo, lo mismo podría señalarse en relación al valle del Jiloca y zonas próximas, como la cabecera de la Huerva o el río Perejiles, donde se han documentado una serie de necrópolis de incineración relacionables con el ámbito celtibérico de la Meseta Oriental (Burillo, 1991: 566), aunque sólo la de La Umbría de Daroca, se remonta al siglo VI a.C., paralelizándose con las necrópolis de la comarca molinesa, pues para el resto de los cementerios, ciertamente muy mal conocidos, se han sugerido fechas desde el siglo IV a.C. Tal es el caso de Valdeager, Valmesón, Las Eras o Tío Borao, situándose su mayoría en el período final de la Cultura Celtibérica (siglos II-I a.C.).

Durante el Celtibérico Tardío, a la documentación arqueológica vienen a sumarse las noticias ofrecidas por los historiadores y geógrafos

grecolatinos que, al relatar las guerras del siglo II a.C., localizan en la zona diversas etnias, concretamente Lusones, Belos y Titos, de cuyo carácter celtibérico no cabe dudar, contándose igualmente con la información procedente de la documentación epigráfica en lengua celtibérica, ibérica y latina.

En relación con las etnias, el que éstas dejen de citarse en un momento relativamente temprano, como ocurre con Belos y Titos, o que, aunque existan noticias posteriores, resulten demasiado escuetas e incluso contradictorias, como es el caso de los Lusones, dificulta la identificación de sus territorios, aunque al respecto se utilicen otros argumentos, fundamentalmente de tipo numismático (Burillo, 1986: 529 ss.; *Id.* 1998: 166 ss.; Beltrán Lloris, 1987: 22).

Desde el punto de vista de la epigrafía indígena prerromana, el Valle Medio del Ebro proporciona un interesante conjunto que remite a dos ámbitos lingüísticos diferentes, el celtibérico y el ibérico. El primero, está integrado por leyendas monetales, extensos epígrafes públicos sobre *tabulae* de bronce (los conocidos bronces de Botorrita), téseras de hospitalidad, inscripciones funerarias sobre piedra y grafitos cerámicos (Beltrán Lloris 1995: 178 ss.; Untermann 1997: catálogo y mapa 7) que, salvo alguna excepción, se concentran en la margen derecha del Ebro, presentando asimismo un empleo característico de los signos del sistema ibérico para las nasales, configurando un área epigráfica oriental o del valle del Ebro (de Hoz, 1986: 51 ss., fig. 2; Untermann, 1997: 383 ss., mapa 6). El hecho de que tanto los topónimos antiguos —excepción hecha de *Bilbilis*—, el repertorio onomástico y los tipos y leyendas de las monedas de este territorio resulten coincidentes desde el punto de vista lingüístico hace que pueda afirmarse que los habitantes de dicho territorio hablarían una misma lengua, en este caso el celtibérico (Untermann, 1996: 181). Hacia el este se extendería el ámbito lingüístico ibérico, como lo confirman los abundantes hallazgos, principalmente grafitos cerámicos y estelas funerarias (Untermann, 1990 y 1996: 181). Ello no quiere decir, sin embargo, que exista una línea clara de separación entre los dos ámbitos (Burillo, 1998: 128 ss.), como vienen a confirmar una serie de inscripciones, aunque puede decirse que, a pesar de haberse localizado fuera de sus correspondientes territorios lingüísticos, en nada modifican el panorama descrito (Untermann, 1996: 181 ss.).

También las inscripciones latinas ofrecen información sobre el particular, estando bien documentada en el ámbito de la Celtiberia del Ebro la presencia de antropónimos de tipo céltico (Albertos, 1979), como lo confirmarían la *Tabula Contrebiensis* (Fatás, 1980), o diversas inscripciones, como la Hinojosa de Jarque, que, como expone F. Beltrán



Lloris (1996: 296), permitiría situar en la Sierra de Sant Just, en el centro de la provincia de Teruel, el límite entre los espacios lingüísticos ibérico, al este, y celtibérico, al oeste, aunque como ocurriera con la epigrafía en lengua indígena, se documenten testimonios de tipo céltico hacia el este, como demuestran los ejemplos de *Celsa* (Fatás y Martín Bueno, 1977: 45 s.).

En este contexto, resulta significativo el escaso número de documentos epigráficos con mención de otros testimonios onomásticos tan característicos del ámbito celtibérico —y del céltico en general— como son los nombres familiares expresados por un genitivo de plural y los teónimos. Con todo, se cuenta con ejemplos importantes, como el bronce latino de *Contrebia*, que incorpora diecinueve de esos genitivos de plural (Fatás, 1980), o el conjunto de Peñalba de Villastar que, a pesar de quedar fuera de la cuenca del Ebro, debe tomarse en consideración por su indudable interés y proximidad a la zona (*vid. supra*), documentándose, en lengua celtibérica y escritura latina, ambos tipos de testimonios. En cualquier caso, la presencia de nombres familiares expresados por genitivos de plural está bien constatada en diversos documentos en lengua y escritura indígena de la Celtiberia aragonesa, destacando los bronce de Botorríta 1 y 3 (*vid.*, para todos ellos, Untermann, 1997: 431 ss.; Jordán, 2004, 326 ss.).

#### **A MODO DE REFLEXIÓN FINAL**

La consideración de la etnogénesis de los Celtíberos, con muchos puntos oscuros y lagunas de documentación como hemos visto, y de la diversidad cultural y de sustrato de la Celtiberia histórica nos llevan, por último, a plantear una serie de cuestiones para la futura agenda investigadora. Primero, el análisis arqueológico del proceso de configuración étnica de los Celtíberos es una tarea abierta, sólo iniciada, con muchos escollos pero con el gran aliciente de construir teoría y metodología para estudiar este proceso histórico. Segundo, los Celtíberos son un grupo con una amplia cronología (600 años) que tuvieron una importante evolución histórica y que por tanto exigen un tratamiento diferenciado por etapas. No existieron «los Celtíberos» sino diferentes Celtíberos en distintos momentos de la segunda mitad del primer milenio a.C. Necesitamos explorar mejor esa dimensión temporal de la cultura celtibérica. Siendo muy conscientes de los riesgos que entraña la diferencia entre los «celtiberos prehistóricos» y los históricos, creemos que las etapas anteriores a los textos clásicos se pueden beneficiar más de la información histórica y que la fase final puede permitir aproximaciones arqueológicas más independientes de los textos. Y finalmente, en

tercer lugar, es preciso destacar que la diversidad regional y las influencias de los pueblos vecinos en cada una de las fronteras del mundo celtibérico hacen muy sugestivo el análisis regional detallado y la aproximación a las fronteras culturales y los posibles demarcadores de etnicidad en la Edad del Hierro.

## BIBLIOGRAFÍA

- Abarquero Moras, F. J. (2005): *Cogotas I. La difusión de un tipo cerámico durante la Edad del Bronce*. Junta de Castilla y León (Monografías Arqueología en Castilla y León 4), Valladolid.
- Abascal, J. M. (1986): «En torno a la promoción jurídica de la *Segontia* de los Arévacos», *Gerión* 4, pp. 213-223.
- Abascal, J. M. y Ripollès, P. P. (2000): «Las monedas de *Konterbia Karbika*», *Scripta in Honorem Enrique A. Llobregat Conesa*, Instituto Alicantino de Cultura «Juan Gil-Albert», pp. 13-75, Alicante.
- Albertos, M. L. (1979): «La onomástica de la Celtiberia», *Actas del II Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica (Tübingen, 1976)*, eds. A. Tovar, M. Faust, F. Fischer y M. Koch, pp. 131-167, Salamanca.
- Alföldy, G. (1987): *Römisches Städtewesen auf der neukastilischen Hochebene. Ein Testfall für die Romanisierung*, Carl Winter. Universitätsverlag, Heidelberg.
- Almagro Basch, M. (1986): *Segóbriga. Guía del Conjunto Arqueológico* (3ª ed. actualizada por M. Almagro-Gorbea), Madrid.
- Almagro-Gorbea, M. (1969): *La necrópolis de «Las Madrigueras» (Carrascosa del Campo, Cuenca)*, Bibliotheca Praehistorica Hispana X, Madrid.
- (1976-78): «La iberización de las zonas orientales de la Meseta», *Ampurias* XXXVIII-XL, pp. 93-156.
- (1986-87): «Los Campos de Urnas en la Meseta», *Actas del Coloquio Internacional sobre la Edad del Hierro en la Meseta Norte, Zephyrus* XXXIX-XL, pp. 31-47.
- (1993): «Los Celtas en la Península Ibérica: origen y personalidad cultural», *Los Celtas: Hispania y Europa*, eds. M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero, pp. 121-173, Madrid.
- (1994-95): «Fíbulas de jinete y de caballito en Extremadura. Aportación a la «celtiberización» de la Lusitania», *Anas* 7-8, pp. 9-20.
- (2003): *Epigrafía prerromana, Catálogo del Gabinete de Antigüedades*, Real Academia de las Historia, Madrid.

- Almagro-Gorbea, M. y Moneo, T. (2000): *Santuarios Urbanos en el Mundo Ibérico*. Real Academia de la Historia (Biblioteca Archaeologica Hispana, 4), Madrid.
- Almagro-Gorbea, M. y Torres, M. (1999): *Las fibulas de jinete y de caballito. Aproximación a las elites ecuestres y su expansión en la Hispania céltica*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza.
- Arenas, J. A. (1999): *La Edad del Hierro en el Sistema Ibérico Central, España*, BAR International Series 780, Oxford.
- Arenas Esteban, J. A. y Ruiz Zapatero, G. (en prensa): «Fuente Estaca (Embid, Guadalajara): un asentamiento de Campos de Urnas en la Meseta Oriental», *II Encuentros de Arqueología en Molina de Aragón (20-22 de abril de 2001)*, Molina de Aragón.
- Bachiller, J. A. y Ramírez, M. E. (1993): «Contribución al estudio de los pueblos prerromanos del alto Duero: Pelendones», *Vegeta* 1, pp. 31-46.
- Barroso Bermejo, R. (2002): *El Bronce Final y los comienzos de la Edad del Hierro en el Tajo Superior*. Universidad de Alcalá-Diputación de Guadalajara, Alcalá de Henares.
- Beltrán Lloris, F. (1995): «La escritura en la frontera. Inscripciones y cultura epigráfica en el valle medio del Ebro», *Roma y el nacimiento de la cultura epigráfica en Occidente*, ed. F. Beltrán Lloris, pp. 169-195, Zaragoza.
- (1996): «La epigrafía latina de Teruel. A propósito de un nuevo corpus provincial», *Archivo Español de Arqueología* 69, pp. 295-306.
- Beltrán Lloris, M. (1987): «Problemas cronológicos de la Celtiberia aragonesa», *I Simposium sobre los Celtíberos (Daroca 1986)*, pp. 19-42, Zaragoza.
- Burillo, F. (1986): «Sobre el territorio de los lusones, belos y titos en el siglo II a. de C.», *Estudios en Homenaje al Dr. Antonio Beltrán Martínez*, pp. 529-549, Zaragoza.
- (1991): Las necrópolis de época ibérica y el ritual de la muerte en el valle medio del Ebro, *Congreso de Arqueología Ibérica: Las Necrópolis*, (Serie Varia I), coord. J. Blánquez y V. Antona, pp. 563-585, Madrid.
- (1998): *Los Celtíberos. Etnias y estados*, Barcelona.
- Burillo, F. y de Sus, M. L. (1986): «Estudio microespacial de la casa 2 del poblado de época ibérica «Los Castellares» de Herrera de los Navarros (Aragón)», *Arqueología Espacial. Coloquio sobre el microespacio*, tomo 3, pp. 209-236, Teruel.
- Burillo, F. y de Sus, M. L. (1988): «La casa 2 de Herrera», *Celtíberos*, eds., F. Burillo et al., pp. 62-67, Zaragoza.
- Capalvo, A. (1996): *Celtiberia. Un estudio de fuentes literarias antiguas*. Institución Fernando el Católico, Zaragoza.

- Cerdeño, M.<sup>a</sup> L. y Juez, P. (2002): *El Castro Celtibérico de «El Ceremeño» (Herrería, Guadalajara)*. Monografías Arqueológicas del S.A.E.T. 8, Teruel.
- Cerdeño, M.<sup>a</sup> L., Marcos, F. y Sagardoy, T. (2002): «Campos de Urnas en la Meseta Oriental: nuevos datos sobre un viejo tema», *Trabajos de Prehistoria* 59 (2), pp. 135-147.
- Cerdeño, M.<sup>a</sup> L., Rodríguez, G., Folgueira, M., Hernández, M.<sup>a</sup> C. y Corraliza, R. (2004): «Novedades culturales y metodológicas en la necrópolis de Herrería (Guadalajara)», *Novedades Arqueológicas Celtibéricas*, coords. M. Barril y A. Rodero, pp. 43-62, Museo Arqueológico Nacional, Madrid.
- Eiroa, J. J. (1984-85): «Aportación a la cronología de los castros sorianos», *Cuadernos de Arqueología* 11-12, pp. 197-203.
- Fatás, G. (1980): *Tabula Contrebiensis. Contrebia Belaisca (Botorrita, Zaragoza), II*, Zaragoza.
- Fatás, G. y Martín Bueno, M. A. (1977): *Epigrafía romana de Zaragoza y su provincia*, Zaragoza.
- Gómez Fraile, J. M. (1996): «Celtiberia en las fuentes grecolatinas. Replanteamiento conceptual de un paradigma obsoleto», *Polis* 8, pp. 143-206.
- (1998): «Acerca del límite oriental del territorio arévaco», *Hispania Antiqua* XXII, pp. 29-50.
- Gómez-Pantoja, J. (1992): «Notas históricas sobre la zona del Alto Henares en época romana», *La celtización del Tajo superior*, Memorias del Seminario de Historia Antigua III, ed. J. Valiente Malla, pp. 107-122, Alcalá de Henares.
- González-Conde, M. P. (1992): «Los pueblos prerromanos de la Meseta Sur», *Paleoetnología de la Península Ibérica*, (Complutum 2-3), eds. M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero, pp. 299-309, Madrid.
- Gorrochategui, J. (2001): «La lengua celtibérica», *Celtas y Vettones*, eds. M. Almagro Gorbea, M.<sup>a</sup> Mariné y J. R. Álvarez Sanchos, pp. 200-208, Excelentísima Diputación de Ávila, Ávila.
- Gozalbes Cravioto, E. (2000): *Caput Celtiberiae. La tierra de Cuenca en las fuentes clásicas*, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca.
- Hoz, J. de (1986): «La epigrafía celtibérica», *Reunión sobre epigrafía hispánica de época romano-republicana*, pp. 43-102, Zaragoza.
- (1991): «Las lenguas célticas peninsulares», *Los Celtas en la Península Ibérica*, coord. M. Almagro Gorbea, pp. 36-41, Madrid.
- (1993): «Testimonios lingüísticos relativos al problema céltico en la Península Ibérica», *Los Celtas: Hispania y Europa*, eds. M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero, pp. 357-407, Madrid.
- (2001): «La lengua de los íberos y los documentos epigráficos en la comarca de Requena-Utiel», *Los Iberos en la Comarca Requena-Utiel (Valencia)*. Anejo a la revista *Lucentum* 4, ed. A.J. Lorrio, pp. 49-62, Alicante

- Izquierdo, I. (1999): «Un lote de armamento ibérico procedente de la necrópolis del Mas de Barberán (Noguera, Teruel)», *Gladius* XIX, pp. 97-120.
- Jimeno, A. (2000): «El origen del urbanismo en el Alto Duero», *Soria Arqueológica* 2, pp. 239-262.
- Jimeno, A. y Arlegui, M. (1995): «El poblamiento en el Alto Duero», *Poblamiento Celtibérico. III Simposio sobre los Celtíberos (Daroca 1991)*, coord. F. Burillo, pp. 93-126, Zaragoza.
- Jimeno, A. y Martínez Naranjo, J. P. (1999): «El inicio de la Edad del Hierro en el nudo hidrográfico Alto Jalón- Alto Duero», *El origen del mundo celtibérico. Actas de los Encuentros sobre el origen del mundo celtibérico*, coords. J. A. Arenas Esteban y M.<sup>a</sup> V. Palacios Tamayo, pp. 165-189, Molina de Aragón.
- Jordán, C. (2004): *Celtibérico*, Monografías de Filología Griega 16, Zaragoza.
- Lorrio, A. J. (1994): «La evolución de la panoplia celtibérica», *Madriditer Mitteilungen* 35, pp. 212-257.
- (1997): *Los Celtíberos*, Complutum Extra 7, Alicante (2<sup>a</sup> ed. actualizada y ampliada en *Bibliotheca Archaeologica Hispana* 25, Madrid).
- (1999a): «Elementos para la delimitación de la Celtiberia Meridional», *Pueblos, Lenguas y Escrituras en la Hispania Prerromana (VII Coloquio de Lenguas y Culturas Paleohispánicas (Zaragoza 1997))*, eds. F. Villar y F. Beltrán, pp. 258-267, Salamanca.
- (1999b): «Iberos y Celtíberos en el Noreste de la Meseta Sur: Evolución cultural y delimitación del territorio meridional de la Celtiberia», *1.<sup>as</sup> Jornadas de Arqueología Ibérica en Castilla-La Mancha (Iniesta 1997)*, coord. M. A. Valero, pp. 103-127, Toledo.
- (2000): «Grupos culturales y etnias en la Celtiberia», *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra* 8, pp. 99-180.
- (2001) «El poblado y la necrópolis de El Molón (Camporrobles, Valencia)», *Los Iberos en la Comarca Requena-Utiel (Valencia). Anejo a la revista *Luculentum** 4, ed. A. J. Lorrio, pp. 151-170, Alicante.
- (en prensa): «Celtíberos y Bastetanos en el oriente de la Meseta Sur: problemas de delimitación territorial», *Los pueblos prerromanos en la Meseta Sur de Hispania*, coord. G. Carrasco, Universidad de Castilla-La Mancha, 2006, Cuenca.
- Lorrio, A. J. y Velaza, J. (2005): «La primera inscripción celtibérica sobre plomo», *Paleohispánica* 5.
- Maluquer de Motes, J. (1963): «Sobre el uso de morillos durante la Edad del Hierro en la cuenca del Ebro», *Príncipe de Viana* 90-1, pp. 20-39.
- Martínez Sastre, V. (1992): «El poblado de Campos de Urnas de Fuente Estaca (Embid, Guadalajara)», *La celtización del Tajo Superior*, ed. J. Valiente, Memorias del seminario de Historia Antigua III, pp. 67-78, Alcalá de Henares.

- Martínez Sastre, V. y Arenas Esteban, J. A. (1988): «Un hábitat de Campos de Urnas en las Parameras de Molina (Embíd)» *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha*, t. III, pp. 269-278, Ciudad Real.
- Ripollès, P. P. (1999): «De nuevo sobre la localización de *ikalen(n)sken*», *1<sup>as</sup> Jornadas de Arqueología Ibérica en Castilla-La Mancha (Iniesta 1997)*, coord. M.A. Valero, pp. 145-168, Toledo.
- Romero, F. (1991): *Los castros de la Edad del Hierro en el Norte de la provincia de Soria*, Studia Archaeologica, Universidad de Valladolid, Valladolid.
- Romero, F. y Jimeno, A. (1993): El valle del Duero en la antesala de la Historia. Los grupos del Bronce Medio-Final y Primer Hierro, *Los Celtas: Hispania y Europa*, eds. M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero, pp. 175-222, Madrid.
- Royo, J. I. (1990): «Las necrópolis de los Campos de Urnas del Valle Medio del Ebro como precedente del mundo funerario celtibérico», *Necrópolis Celtibéricas. II Simposio sobre los Celtíberos (Daroca 1988)*, coord. F. Burillo, pp. 123-136, Zaragoza.
- Ruiz Zapatero, G. (1981): «Morillos prismáticos de la Edad del Hierro en el Valle del Ebro», *Bajo Aragón, Prehistoria*, III, pp. 52-62.
- (1995): «El substrato de la Celtiberia Citerior. El problema de las invasiones», *Poblamiento Celtibérico. III Simposio sobre los Celtíberos (Daroca 1991)*, coord. F. Burillo, pp. 25-40, Zaragoza.
- (1999): «Los celtíberos: poblamiento y formas de vida», *Revista de Soria* 25 pp. 99-112.
- (2001): «Las comunidades del Bronce Final: enterramiento y sociedad en los Campos de Urnas», *La Edad del Bronce ¿Primera Edad de Oro de España?*, Coord. M<sup>a</sup> L. Ruiz-Gálvez, pp. 257-288, Crítica, Barcelona.
- (en prensa): «Los grupos de Campos de Urnas y la Edad del Hierro «Céltica»: tradición y continuidad cultural en Iberia durante el I milenio a.C.», *Toponimia en Ptolomeo, Reunión Internacional (Universidad Complutense, Madrid, septiembre 2002)*.
- Ruiz Zapatero, G. y Lorrio, A. J. (1988): «Elementos e influjos de tradición de «Campos de Urnas « en la Meseta Sudoriental», *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha*, t. III, pp. 257-267, Ciudad Real.
- (1999): «Las raíces prehistóricas del mundo celtibérico», *El origen del mundo celtibérico. Actas de los encuentros sobre el origen del mundo celtibérico (Molina de Aragón 1998)*, coords. J. A. Arenas y M. V. Palacios, pp. 21-36, Guadalajara.
- Tovar, A. (1989): *Iberische landeskunde. II. 3 Tarraconensis*, ed. Valentin Koerner, Baden-Baden.
- Untermann, J. (1990): *Monumenta Linguarum Hispanicarum. III. Die iberischen Inschriften aus Spanien*, Dr. Ludwig Reichert Verlag, Wiesbaden.

- Untermann, J. (1995): «Lengua y poblamiento prerromano en el territorio celtibérico», *Poblamiento Celtibérico. III Simposio sobre los Celtíberos*, ed. F. Burillo, pp. 7-24, Institución «Fernando el Católico», Zaragoza.
- (1996): «La frontera entre las lenguas ibérica y celtibérica en las provincias actuales de Zaragoza y Teruel», *Homenaje a Purificación Atrián*, pp. 177-189, Teruel.
- (1997). *Monumenta Linguarum Hispanicarum. IV. Die tartessischen, keltiberischen und lusitanischen Inschriften*, Dr. Ludwig Reichert Verlag, Wiesbaden.
- Valiente Malla, J. (1999): «La facies Riosalido y los Campos de Urnas en el Tajo Superior», *El origen del mundo celtibérico. Actas de los Encuentros sobre el origen del mundo celtibérico*, coords. J. A. Arenas Esteban y M.<sup>a</sup> V. Palacios Tamayo, pp. 81-95, Molina de Aragón.

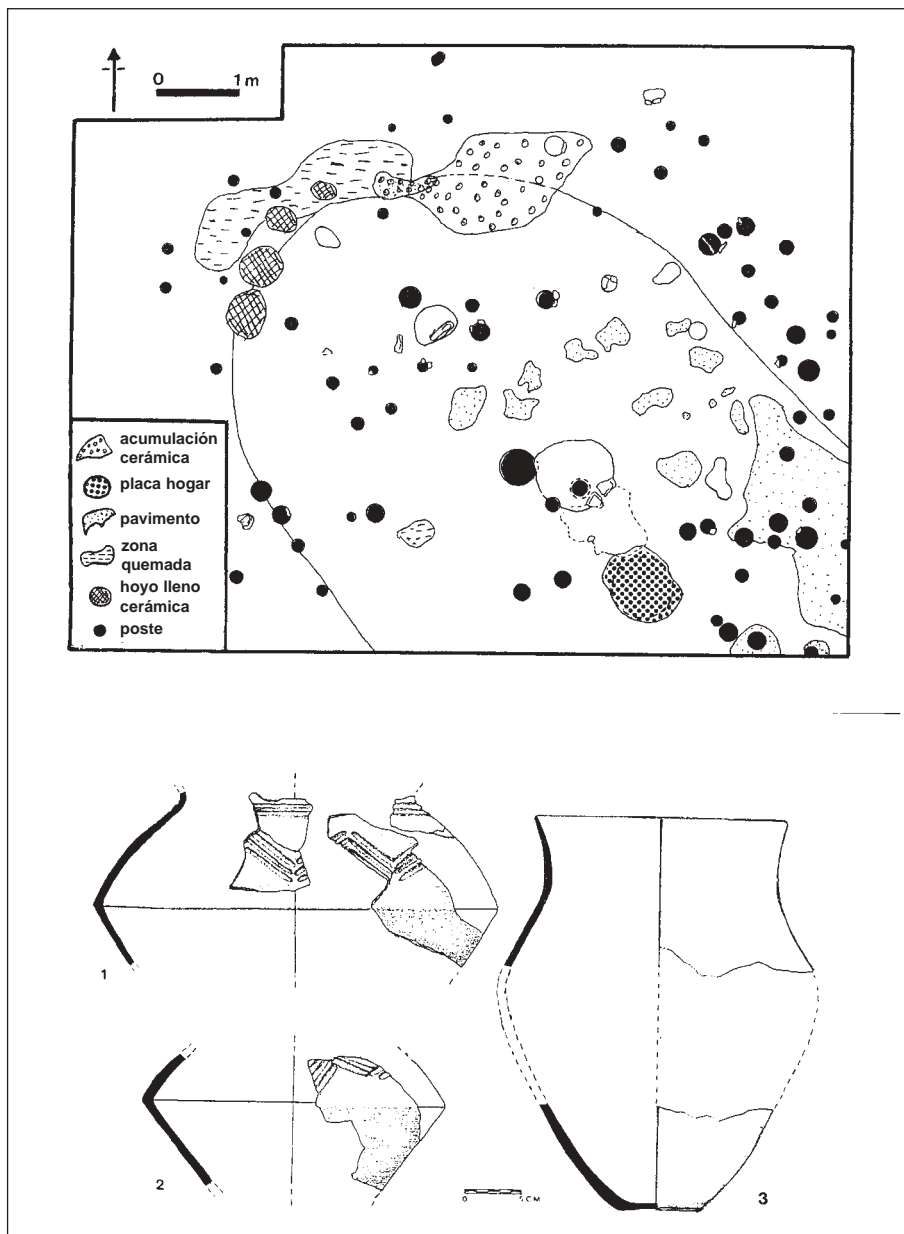


Fig. 1. Planta de cabaña y cerámicas de tradición de Campos de Urnas de Fuente Estaca (según Arenas y Ruiz Zapatero, en prensa).



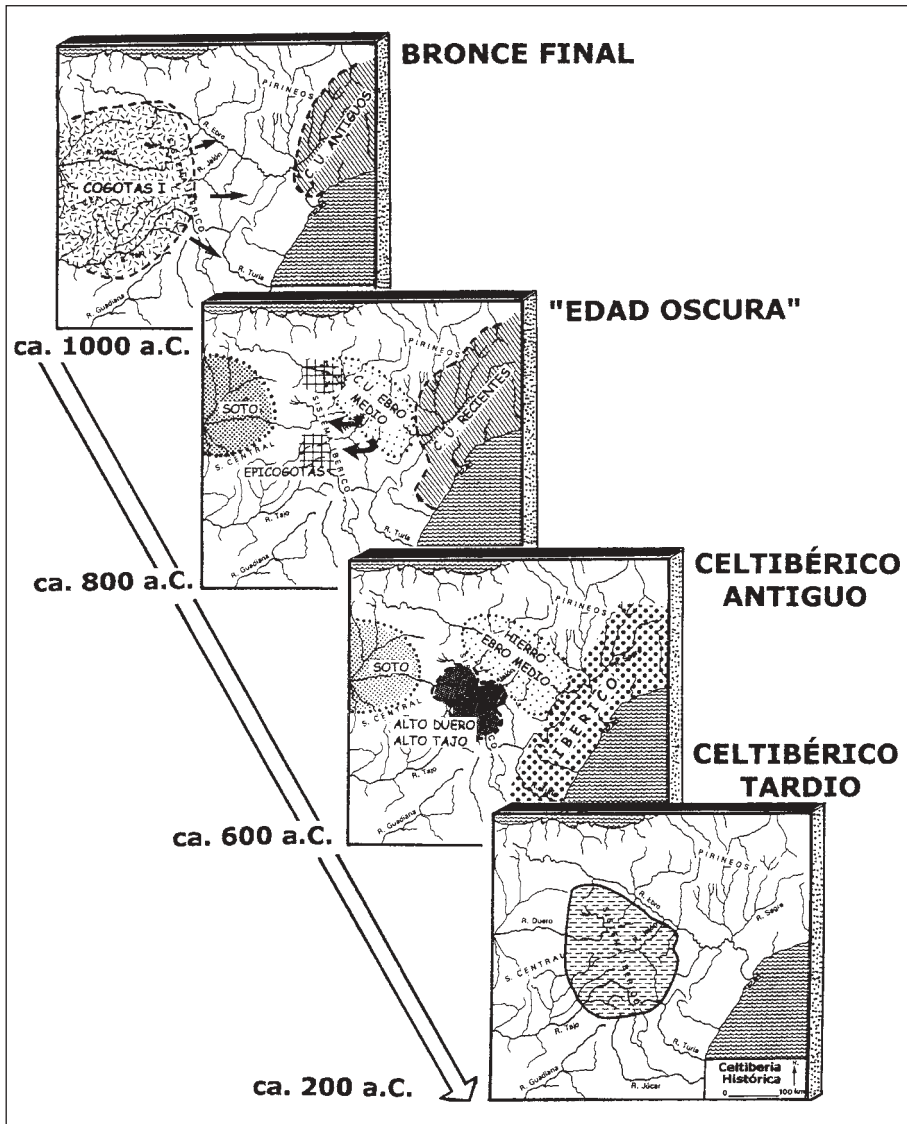


Fig. 2. El proceso de configuración cultural de la Celtiberia, desde el Bronce Final al inicio de la conquista romana.

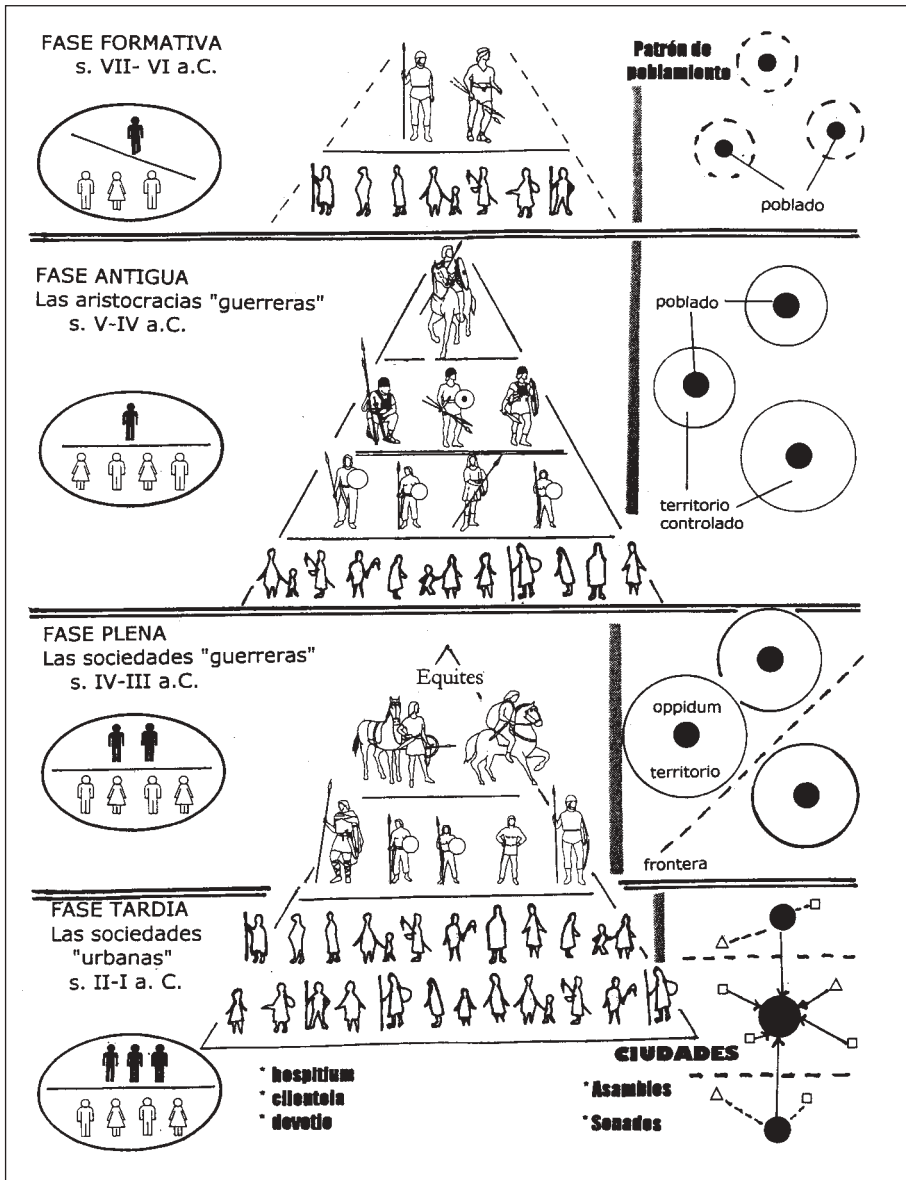


Fig. 3. La evolución de las sociedades celtibéricas y modelos territoriales (según Ruiz Zapatero, 1999).

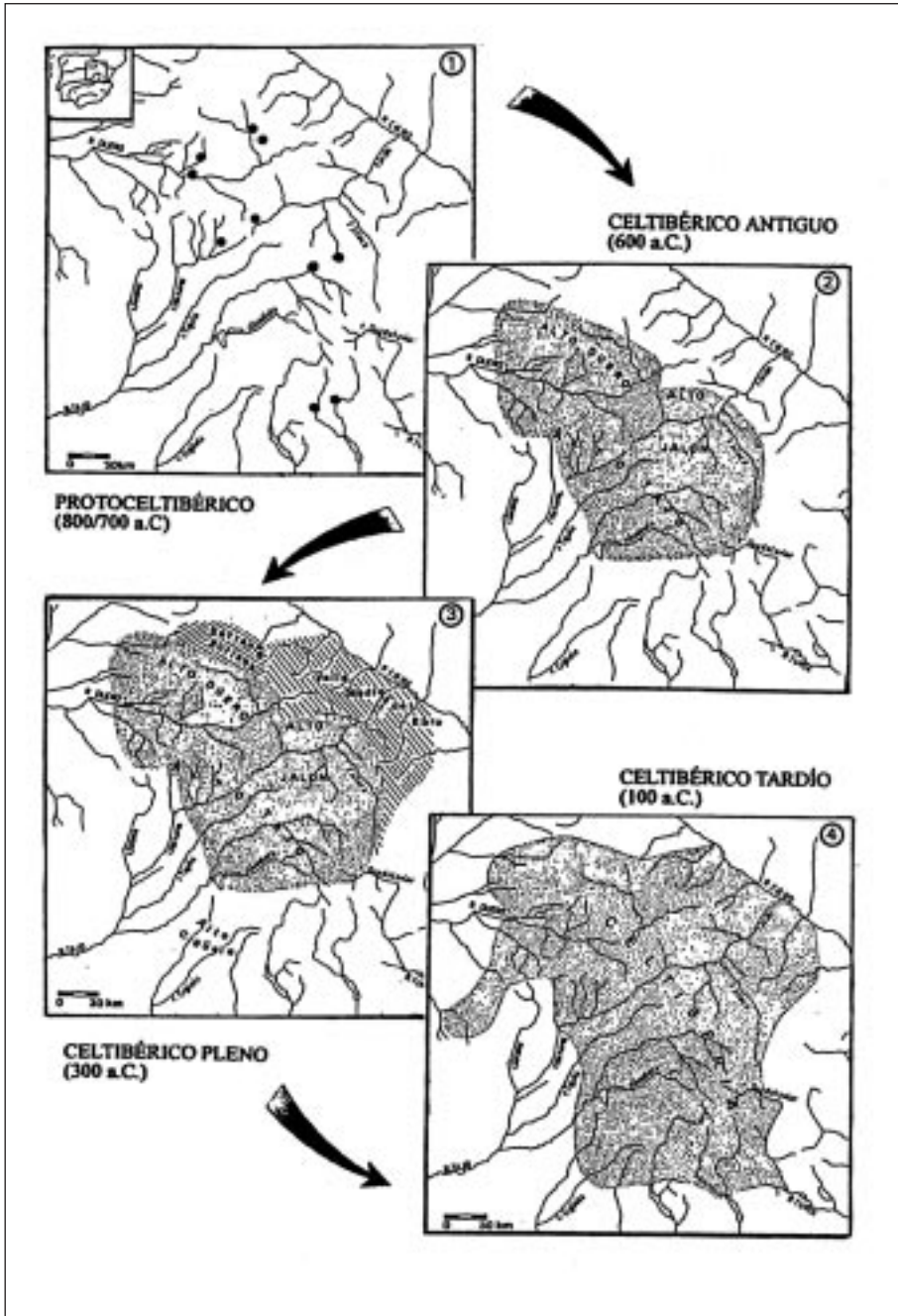


Fig. 4. La secuencia cultural del territorio celtibérico (según Ruiz Zapatero/Lorrio 1999).